



Memorias de un POLICÍA

Memorias de un Cadete

Coronel (RA) Héctor Álvarez Mendoza
Miembro del Consejo Editorial de la Revista Fuerzas Armadas

Una de las experiencias más gratas para quienes seguimos la noble profesión de oficiales de policía es, sin duda alguna, el recuerdo de nuestro paso por la Escuela de Cadetes General Santander pues evocar, deriva en las reuniones con nuestros compañeros, diversión y entretenimiento al comentar anécdotas y aprendizajes pese al largo transcurso del tiempo. Todavía acuden a mi memoria, por ejemplo, las tajantes advertencias de nuestro primer Brigadier quien nos ilustró sobre la regla de oro de la supervivencia en los prime-

ros meses: *"Saludar todo lo que se mueva y pintar todo lo que no se mueva..."*. O la iniciativa empresarial de un compañero que reforzaba sus exiguos ingresos de cadete antiguo, alquilando, el uniforme de salida a cualquier aspirante recién ingresado que aun no hubiera recibido su dotación oficial completa, pero que, orgulloso quería, en sus primeras vacaciones, lucir su nueva condición en su pueblo de origen. Su amplio portafolio incluía además casco de parada con penacho o vitola, a elegir, y, mediante un cómodo cargo adicional, hasta insignias

de Brigadier, botas altas más sable de Alférez.

Cómo no recordar el caso de aquel compañero que olvidó la obligatoria corbata en su traje de civil y ya en la fila de revista previa a la primera franquicia, resolvió rápidamente el problema quitándose una media y anudándosela como corbatín. Y qué decir de las excursiones nocturnas al rancho en busca de una olla para *"repelar"*, un trozo de panela o cualquier *mogolla* mal estacionada para matar el hambre, amiga inseparable de cualquier cadete que

se respetara. O las hazañas de aquellos vivarachos que pedían dinero a sus padres para comprar las botas y el caballo para sus clases de equitación, en una época en que todas las prendas y elementos de dotación eran suministradas por cuenta del Estado o la historia del cadete novicio que en una explosión de creatividad pretendió ingresar gratis de civil a la plaza de toros de Santamaría reclamando su condición de cadete de policía con el recibo de la ropa sucia entregada en la lavandería de la escuela como medio de identificación.

En esta reminiscencia cómo olvidar las clases de baile del profesor Sevilla, las de defensa cuerpo a cuerpo de Jorge Arévalo, discípulo y heredero del legendario luchador y estrella del cine mexicano Wolf Ruvinskis, natural de Riga (Letonia), quien a su paso por Colombia, decidió quedarse y desempeñar durante año y medio, el cargo de instructor de defensa personal en la Escuela de Cadetes General Santander.

El Cadete “morcilla”

En cierta ocasión, uno de mis compañeros, probablemente insatisfecho con la última pizca, decidió saltar furtivamente la cerca que separaba la escuela del costado sur y acudir a una fritanguería localizada a varias cuadras de distancia, donde se proveyó de una respetable dosis de morcilla, chicharrón carnudo y chinchulín, prudentemente guarnicionada con papitas criollas y hasta con



Foto: www.slate.com/news-and-politics/2017/08/can-mixed-martial-arts-training-make-police-less-dangerous.html

ají casero, botín que decidió meter de contrabando a través de la misma ruta, para “aplicárselo” en la tranquilidad de los prados del Instituto. Pero quiso la mala fortuna que durante la incursión de regreso, se le atravesara un diligente “Alférez de Escuela” que sin pedir explicaciones y ni siquiera exigir como impuesto aduanal parte del sospechoso paquete, lo condenó a presentarse en relación ante el comandante de la compañía, en ese entonces, el capitán Bernardo Echeverri Ossa. En la siguiente relación de compañía, el cabizbajo sindicado, agobiado por el peso de la culpa, las agrieras y la sobredosis de colesterol, se presentó a dar cuenta de sus pecados. El severo comandante montó en santa ira y sentenció al acusado en tono vehemente

y premonitorio: “-Cadete fritanguero, cadete morcilla, yo no lo voy a castigar, que lo castigue mi Dios con una amebiasis...”

Ni que la amenaza hubiera salido de los labios del propio Nostratradamus, pues al parecer, la profética condena se cumplió al pie de la letra, ya que años después, durante un curso de oficiales para ascenso, aún vimos al antiguo “fritanguicida” apurando en el aula de clases, generosos tragos de un gigantesco frasco de antiácido con sabor a tiza, situado al pie de su pupitre, siempre al alcance de la mano.

¡Resérvese sus conceptos...!

En otra ocasión, a mediados de un año académico cual-



Foto: www.colombia.com/gastronomia/recetas-colombianas/picada-colombiana-r1133

quiera se produjo una reestructuración de los cuadros de mando de las compañías de cadetes como resultado de las calificaciones obtenidas

en los exámenes semestrales, lo que produjo un fenomenal revolcón pues situó a algunos de los cadetes bachilleres recientemente ingresados, como

“En esta reminiscencia cómo olvidar las clases de baile del profesor Sevilla, las de defensa cuerpo a cuerpo de Jorge Arévalo, discípulo y heredero del legendario luchador y estrella del cine mexicano Wolf Ruvinskis, natural de Riga (Letonia), quien a su paso por Colombia, decidió quedarse y desempeñar durante año y medio, el cargo de instructor de defensa personal en la Escuela de Cadetes General Santander”.

brigadieres de los más antiguos y “*cancheros*”, bachilleres de la misma escuela. Así, estando como Brigadier reemplazante de sección, luego del mentado cataclismo, me fue asignado como uno de los sub brigadieres reemplazantes de escuadra, un gentil y aplicado Cadete de los recientemente ingresados; buen estudiante, pero no distinguido por la picardía y malicia indispensables para sobrevivir con relativo éxito a los rigores del centro de formación en ese entonces. De modo que estrenando su recién adquirida autoridad, le llamó la atención por presunta indisciplina en la fila al Cadete antiguo Orlando Silva Cabrera, poseedor, con largueza, de características de agudeza, velocidad e ingenio de las que su novel Brigadier aparentemente carecía. El aludido replicó a la repreensión con un mal disimulado murmullo entre dientes, que pronunció despacio, arrastrando cada una de sus seis sílabas, imprecación que sin embargo se escuchó entre los presentes con la circunspección de un cañonazo: “-*Bobo hp...*”, a lo que el Brigadier insultado, que al parecer tenía más oído que “*mala leche*”, en una edificante demostración de tolerancia y respeto por las opiniones ajenas, le espetó sin inmutarse, esta sentencia inolvidable: “*Allá, el cadete Silva, resérvese sus conceptos...*”

Nuestro invicto campeón

Resulta inolvidable el caso de un miembro de nuestra Com-

pañía A de Cadetes, hoy infortunadamente ausente, distinguido por su caballerosidad y don de gentes, así como por su considerable estatura y físico atlético y musculoso. Este apreciado compañero fue durante un considerable lapso, practicante de boxeo y en tal virtud, se inscribió como representante de la escuela en un torneo llamado *"Los Guantes de Oro"*, que se disputaba los viernes en la noche en la plaza de toros de Santamaría. Obviamente, ninguno de nosotros podía acompañarlo para hacerle barra, y disfrutar sus triunfos en directo, pues los viernes en la noche no existía la menor posibilidad que alguno de nosotros pudiera asomar las narices a la calle. Nuestro admirado héroe salía puntualmente por la tarde rumbo a su cita deportiva y regresaba el lunes siguiente para dar cuenta en *"relación general"* de un nuevo triunfo en este rudo y sacrificado deporte. La historia se repitió durante varias semanas, hasta que un fatídico lunes, se presentó en relación con la cara llena de moretones, pisteros y porrazos, como si hubiera sido atropellado por el tren de la Sabana. Casi se nos sale el alma del cuerpo al apreciar tales destrozos, dada la identificación y simpatía con nuestro púgil, paladín y esperanza de los que no podíamos salir los viernes.

¿Qué diablos podría haber pasado? ¿Habrían tomado las placas del camión que lo habría atropellado? ¿Cuántas docenas de gavilleros y malandrines lo habrían emboscado?

“Resulta inolvidable el caso de un miembro de nuestra Compañía A de Cadetes, hoy infortunadamente ausente, distinguido por su caballerosidad y don de gentes, así como por su considerable estatura y físico atlético y musculoso”.

Durante varios días nos quedamos sin respuestas lógicas. Luego supimos la verdad de semejante tragedia. Resulta que en todos los combates anteriores, nuestro campeón se había impuesto a sus rivales por WO, es decir por abandono de sus contrincantes, quienes al verlo sobre el cuadrilátero, haciendo ejercicios de calentamiento con vigorosos sacudones del encordado que estremecían el entarimado, medían sus posibilidades, calculaban los riesgos de enfrentarse a semejante mastodonte y prudentemente resolvían dar media vuelta y hacer mutis por el foro, aplazando así sus aspiraciones pugilísticas para ocasiones más propicias.

Pero como siempre, en toda celebración no falta el saboteador y bucanero que se tira hasta los mejores proyectos y este caso no fue la excepción. Luego de la temible demostración previa de poderío físico de nuestro coloso, algún aspirante al *"pambelazgo"*, corto de estatura y de escaso peso, probablemente con intenciones suicidas, corto de vista o muy necesitado, subió al cua-

drilátero y luego de santiguarse arrodillado y reflexionar, *"¡A Santa Rosa o al charco...!"* decidió ignorar el palmarés de nuestro campeón y como un huracán entrarle a *"piñazos"* a nuestro enorme "peso completo", que ante semejante e inesperado ciclón, renunció al bíblico precepto de ofrecer *"la otra mejilla"* y prefirió besar humildemente la lona, en una sana y ejemplarizante demostración de prudencia y sentido común, que afortunadamente lo libró de la inopinada tormenta de guantazos, mandobles y mojicones. Dio la impresión que por descuido del árbitro, aquella mala pécora hubiera llevado herraduras entre los guantes. Todos quedamos convencidos que así debió haber sucedido.

Y bien, para finalizar, esa aciaga noche quedaron sepultadas para siempre las ansias pugilísticas del compañero y de paso, nuestras esperanzas de contar en la Compañía A de Cadetes con un nuevo Cid Campeador. O mejor, con nuestro propio *"Kid Noqueador"* 🐦